
Fco. Javier Oliva

EL COOPERANTE



Editorial LEDORIA

J M R

CAPÍTULO I

Héctor miró a través de la ventanilla y se maldijo una vez más. Volvió a cerrar los párpados y respiró hondo. Le resultaba molesto el ambiente seco que se respiraba en la cabina de pasajeros de aquel Airbus 340 de Iberia con destino a Malabo. Él no era un cobarde, pero desde que atravesó el control de pasaportes en el aeropuerto de Barajas con el corazón en un puño, había querido dar media vuelta y olvidarse de todo. ¿Por qué se lo habían ordenado precisamente a él? Difícilmente había tenido tiempo de aleccionarse, de conocer con un mínimo de detalle lo que tenía que hacer. Sí, lo sabía: no era la primera vez que se le confiaba un trabajo como aquél. Y en más de una ocasión había estado peor preparado que entonces. **«Eres eficaz»,** le habían puesto como excusa, **«una garantía de éxito. No es trabajo para aficionados o principiantes. Sabes improvisar. Te necesitamos precisamente a ti, Héctor».**

«Maldita sea», se dijo mientras se revolvió incómodo en su asiento.

Entreabrió los ojos y clavó la mirada en la tapicería azul que forraba el respaldo que tenía delante. El aburrimiento le envolvía desde que las ruedas del avión se elevaron de suelo español. Había echado un vistazo a una revista e intentado ver la película que dieron por los monitores de televisión en cuanto las azafatas terminaron de recoger la cena. Incluso llegó al extremo de escuchar la horrible y desfasada música que emitían los canales del circuito cerrado del aparato. Todo había sido inútil. Ni se había podido distraer ni había podido dormir. Miró a su izquierda. Allí seguía su compañera de vuelo.

Inerte, como si fuera una figura de cera. Estaba convencido de que era una religiosa que había cambiado su hábito por una blusa color café con leche y una falda gris marengo por debajo de las rodillas. Desde que se sentó junto a él no habían intercambiado una sola palabra. Nadie le había dicho que aquella mujer perteneciera con seguridad a una orden. Pero no hacía falta ser muy perspicaz. Tenía todo el aspecto de ser una monja vulgar y corriente. Además, aquel crucifijo plateado que colgaba de una cadena alrededor de su cuello era la constatación de sus sospechas. Pasaría fácilmente de los cuarenta años —casi diez más que él— y su rostro era sereno y tranquilo. Durante las cinco horas y media que duraba ya el vuelo no había hecho otra cosa que cerrar los ojos y musitar una innumerable retahíla de palabras que no acertaba a entender por mucho que afinara el oído. Incluso cuando, en un par de ocasiones, otra mujer —alguna compañera, a juzgar por su misma apariencia y poco más o menos su misma indumentaria— se había acercado a ella para intercambiar impresiones, los comentarios habían quedado fuera de su alcance. Pensándolo mejor, ¡a él qué le importaban esa mujer y sus palabras!

El descenso había comenzado hacía algunos minutos y de las entrañas de las alas del aparato empezaron a desplegarse los *flaps*. En esos momentos volaban muy próximos a la costa de la isla de Bioko. Héctor divisó la pista desde su asiento. Nacía a pocos metros del océano y se metía tierra adentro como si alguien hubiera afeitado la selva con una cuchilla. No le extrañó que la aproximación fuera más lenta de lo normal. Había que meter aquel monstruo de aluminio de más de doscientas toneladas en una pista corta y estrecha. Miró de reojo a su compañera monja y se sonrió. El comandante debía afinar bien la puntería si no quería frenar sacando los pies por las ventanillas. Y no aventuraba ni una coma de sus pensamientos.

Él también era piloto. Estaba seguro de que no habría complicaciones en el aterrizaje, de que el comandante sabría hacer bien su trabajo, tan seguro como de que él sabría hacer el suyo.

Lo primero que notó mientras bajaba por la escalerilla fue cómo la humedad se le pegaba a la ropa y le abofeteaba la cara. No hacía excesivo calor pero sólo eran las siete y media de la mañana. Se preguntó qué clase de infierno sería aquel país al mediodía. Antes de encaminarse hacia la terminal, se detuvo un instante y miró a su alrededor. Nada le era familiar, ni tan siquiera se acercaba a como lo había imaginado. La selva les rodeaba por todos lados excepto por la única salida hacia el mar en la que estaba construida la pista. Era una selva imponente, oscura, no como las que él había conocido en Suramérica.

Se giró en redondo. Frente a él había dos edificios, uno muy antiguo, sucio y destartado que hasta hacía pocos meses había albergado las antiguas instalaciones del aeropuerto. Junto a él se erigía majestuosa la nueva terminal, aún con síntomas de continuar en obras por algunas partes. Tenía dos únicas pasarelas que comunicaban el paso desde las salas de embarque hasta los aviones. En esos momentos estaban ocupadas por un aparato de Air Gabon y otro de Cameroon Airlines. Por eso les había tocado ir a pie sobre el asfalto mojado hasta la terminal.

Mientras caminaba se entretuvo mirando a la multitud que se agolpaba desordenada y silenciosa tras una valla metálica en el exterior del aeropuerto. Desde allí, el gentío podía observar con detenimiento a los pasajeros que acababan de llegar desde España. Parecían no querer perderse detalle de aquel improvisado desfile. Quizá esperaban ver una cara conocida, un saludo, un gesto, alguien importante... ¿A qué demonios esperaban?

Para Héctor todo era una novedad. El tipo de construcción de los edificios, las personas, el cielo, de un azul distinto al que jamás había visto, con unas nubes resplandecientes y rechonchas que flotaban como dormidas sobre sus cabezas. Cada segundo que pasaba, su cerebro registraba tanta información que creyó no poder quedarse con todo lo que captaban sus sentidos. A sus oídos comenzaron a llegar las primeras palabras en lengua nativa. Nunca habría podido reconocer aquel idioma de no saber que se encontraba en ese momento en la capital de Guinea Ecuatorial.

Por fin se introdujo en la terminal buscando el refugio del aire acondicionado, pero en el interior hacía tanto o más calor y humedad que afuera. Escudriñó rápidamente las paredes, desconchadas, sucias, con restos de algún cartel publicitario. No había ningún aviso que prohibiera fumar. Con cierta parsimonia, se introdujo la mano en el bolsillo de la camisa y sacó un cigarrillo directamente del paquete. Exhaló la primera bocanada de humo al tiempo que lanzaba la vista con más detenimiento sobre su entorno. Se encontraba en una estancia diáfana con cuatro mesas donde otros tantos policías vestidos con uniformes españoles en desuso iniciaban el control aduanero. Del techo colgaban unos grandes ventiladores estropeados que albergaban los nidos de unos escandalosos y juguetones gorriones tejedores. Los pájaros revoloteaban nerviosos rascando el techo con la punta de sus alas. La sala estaba separada de la puerta de salida por medio tabique hecho de bloques de cemento y rematado por una celosía de madera hasta el techo. Tras ella podía escuchar el murmullo de la alborotada marea humana que les aguardaba al otro lado. No encontró sillas donde sentarse, ni una triste máquina de refrescos donde mojar su garganta reseca. Terminó su cigarrillo con tranquilidad mientras esperaba su equipaje y observaba cómo muchos pasajeros se aproximaban hacia el control de pasaportes.

Después de apagar la colilla con el zapato, recogió su maleta y se dirigió a una de las mesas. Un policía poco amable y mal encarado le pidió el pasaporte con un movimiento impositivo de su mano. No lo miró con demasiada atención. Parecía tener los ojos enredados en el escote de una pelirroja que esperaba tras él. Marcó la maleta con un pedazo de tiza y le selló el pasaporte con asombrosa lentitud.

—¿Su destino es Malabo? —le preguntó en castellano, pero teñido de ese acento que Héctor nunca antes habría podido reconocer.

—Estoy en tránsito. Voy al continente, a Bata —le aclaró.

—¿En avión?

—Sí. Aquí tengo el billete —dijo mostrándoselo.

—Tome su maleta y espere fuera —le ordenó mientras le devolvía la documentación y hacía un gesto para que se retirara y dejara su lugar a la joven.

Héctor no entendió la mirada profunda y concentrada del policía hasta que se giró y la descubrió. Era una mujer de unos treinta años, con cabellos rizados color cobrizo recogidos con una cinta negra. Parecía tan asustada y perdida como él. Estaba inmóvil junto a un par de enormes maletas. No pudo fijarse en nada más. En aquel instante sus únicas preocupaciones eran él mismo, su mal humor y cómo continuar su viaje hacia Bata.

Cuando atravesó la puerta de la sala se sintió curioseado por cientos de ojos que, inquisidores, le persiguieron hasta que se alejó en dirección al interior de la terminal. Aquel funcionario de aduanas no le había dado un buen recibimiento aunque estaba convencido de que cambiaría de modales con la pelirroja. Seguramente le revisaría hasta la cinta del pelo.

Mientras caminaba sin rumbo fijo, pudo observar entre aquel hormiguero revolucionado a un hombre blanco que destacaba entre los recién llegados, quizá porque su aspecto era

distinto al del resto. No parecía haber estado toda la noche encerrado dentro de un avión. Hablaba con un grupo de religiosas que, esta vez, sí vestían su hábito de color azul marino. No cesaba de gesticular y sonreírles. Aquello parecía una verdadera bienvenida. Héctor no necesitaba que nadie se la diera pero debía encontrar la persona que le facilitara dar el siguiente paso. Se acercó a él serpenteando entre la gente hasta quedar tras el corro de monjas que le rodeaban y esperó a que la conversación llegara a un punto muerto decidido a intervenir.

—Buenos días —dijo tendiéndole la mano mientras el resto le miraba con extrañeza—. Me llamo Héctor Beltrán. Creo que me estaban esperando.

El hombre dio un respingo y le saludó después casi de forma automática.

—Si no eres una mujer, me temo que no —le respondió recomponiéndose pero sin dejar de lado la sonrisa—. Aunque no te preocupes, que estoy seguro de que encontrarás a quien buscas. Es lógico que estés perdido. Suele pasarle a todo el mundo el primer día. Yo llevo aquí veinte años y nada ha cambiado cuando se llega por primera vez a este país. ¿O me equivoco?

—En absoluto. Ha acertado todo —le respondió con media sonrisa mientras dejaba su maleta en el suelo—. Aún así, supongo que podrá ayudarme a encontrar a quien estoy buscando.

—Ni por todo el oro del mundo —y soltó una risita de ratón que duró un segundo—. Quien quiera que te esté esperando te encontrará. Sólo tienes que quedarte quieto durante cinco minutos —y comenzó a alejarse acompañado por las religiosas.

Tomó el consejo de aquel hombre al pie de la letra. Decidió que no se movería del lugar donde acababa de mantener su primera conversación desde hacía un día. En ese instante un joven negro que apenas le llegaba al hombro se le aproximó

ofreciéndose a llevar el equipaje. Héctor recorrió su rostro de un vistazo y después negó con la cabeza al tiempo que le ordenaba que le dejara en paz. Encendió un nuevo cigarrillo y se entretuvo intentando averiguar si el hombre rodeado de religiosas le había dado un verdadero consejo o simplemente se lo había quitado de encima por la vía rápida. Parecía convencido de lo que decía cuando le aseguró que debía esperar a que le encontraran a él y no al contrario. En cualquier caso, no tenía otra cosa que hacer. Esperaría fumando sin moverse de su sitio y luego reanudaría la búsqueda. Sabía que no era el único que estaba en Malabo tan sólo para cumplir una escala obligada. De todos los blancos que había a su alrededor, más de uno tendría que proseguir camino como él. Además, por suerte o por desgracia, él era fácilmente reconocible. Rozaba el metro noventa de estatura y recogía su melena oscura con una goma, dejando que una coleta desordenada resbalara por su nuca hasta rozar la altura de sus hombros. Quien fuera que estuviera buscándole sólo tenía que explorar entre las cabezas que sobresalían de la oscura marea humana y fijarse en él.

En el instante en que aplastaba el cigarrillo contra el suelo, una mano se posó sobre su hombro. Antes de que pudiera girarse y ver de quién se trataba escuchó su nombre.

—¿Héctor Beltrán?

—...hasta esta mañana era yo —respondió irónico dándose la vuelta y encontrándose a un tipo blanco y barbudo que se escondía detrás de unas grandes gafas de sol.

—Me alegro de dar contigo. Perdona el retraso, pero África es así. Aquí no existe el reloj —y Héctor le hizo una mueca parecida a una sonrisa—. Acompáñame a la sala de tránsito —le invitó con un gesto—. Está menos concurrida. Aquí no hay quien se entienda con tanto alboroto.

Héctor tomó su maleta y comenzó a seguirle hasta quedar fuera del edificio de la terminal, muy próximos a la pista

donde el Airbus-340 estaba detenido repostando combustible. El hombre que le acompañaba quizá no pasara de los cuarenta. Vestía un extraño traje de manga corta y pantalones estampados con flores de vivos colores por todas partes. Resultaba ciertamente chocante. Tenía el pelo negro, algo largo, la piel curtida por el sol y una poblada barba que ocultaba gran parte de su rostro.

—Soy el hermano Marcelo —se presentó dándole la mano—. Espero que hayas tenido buen viaje.

—Aburrido e incómodo. Comprimido en el asiento de un avión no hay quien duerma —respondió mirándole de arriba a abajo—. Bonita estampa para un cura.

Marcelo soltó una sonora carcajada mientras se contemplaba forzadamente a sí mismo.

—Soy fraile, que es bien distinto. Aquí usamos las ropas más apropiadas para este clima del demonio. Se llama *popó*.

—Pues sigo diciéndote que nunca pensé que un fraile pudiera llegar a ponerse encima ese... *popó* —le espetó tras un gesto de duda.

—Pues no soy el único...

—¿Cómo has podido reconocerme entre tanta gente?

Marcelo le dio una suave palmada en la espalda antes de responder.

—Ha sido relativamente fácil. No sé si te has dado cuenta de que la mayoría de los blancos que llegan aquí para pasar el verano como cooperantes tienen dos edades bien definidas: o apenas pasan de los veinte o hace tiempo que cumplieron los cuarenta. Y tú estás entre medias. Además, ¿quién estaba totalmente solo en mitad de la terminal? Aquí todo el mundo viaja en grupos —le aclaró mientras se ponía de puntillas y oteaba el horizonte—. De hecho, ahora tengo que abandonarte un momento. Me voy a buscar al resto de la tropa. No te muevas de aquí. Serán sólo cinco minutos.

Aún no había perdido de vista a Marcelo cuando se acercó a él otro hombre blanco vistiendo una camisa blanca de manga corta y un pantalón oscuro. «*Nada que ver con la indumentaria del fraile*», pensó. El tipo, de complexión fuerte, se situó a su lado evitando mirarle a la cara. Héctor no pareció acusar su presencia. Se limitó a ofrecer tabaco al recién llegado pero éste lo rechazó.

—Buena persona este Marcelo —le dijo el hombre con gesto grave.

—Me ha parecido simpático.

—Y un buen amigo. Recurre a él si tienes alguna dificultad de adaptación —continuó con tono mortecino—. Lleva aquí el tiempo suficiente como para conocer a esta gente como si fuera uno de ellos. La cultura guineana es un tanto especial, muy distinta a la que te hayas podido encontrar en cualquier otra parte del mundo.

—¡Qué sabrás tú el mundo que he visto o he dejado de ver!

Hubo un pequeño silencio que Héctor aprovechó para tratar de observar el rostro de su nuevo acompañante, pero éste se giró dándole la espalda.

—Bien. Dejémoslo. Tengo instrucciones de informar de tu llegada, recordarte que debes dejar al cura fuera de todo lo que no sea tu trabajo de cooperante, y ofrecerte cualquier información que te pueda servir de ayuda antes de dejarte totalmente solo. Por supuesto, ni que decir tiene que tú y yo no nos hemos visto, no nos conocemos y no hemos hablado en la vida. Ya sabes, primera y última vez. Si tienes alguna pregunta que hacer, ahora es el momento.

Héctor dio una calada al cigarrillo y soltó el humo lentamente por la nariz. Podía sentir las gotas de sudor resbalando frente abajo.

—¿Sabes quién es Lázaro Palma? —preguntó.

—No he oído ese nombre en mi vida. ¿Algo más?

Aquel tipo parecía tener prisa por zanjar la conversación cuanto antes.

—Que me sirves de mucha ayuda —respondió con dureza.

—Y ten por seguro que no lo siento en absoluto. Mis órdenes son claras y tajantes. Después te olvidaré para siempre —y resopló como un toro antes de continuar—. Mira, tío, estoy hasta los cojones de esta clase de juegos... Utilizar a las embajadas para trampear como simples comerciantes de barrio... Es mi cuarto destino en el extranjero y no importa el país en el que esté: siempre pasa lo mismo —afirmó marcando cada palabra—. ¡Joder, que tenemos mucho que perder! Al final todos terminaremos quemándonos por jugar con fuego —se quejó clavando la mirada en el cielo—. Madrid jamás envía una sola letra explicando esta mierda. Ni un triste correo electrónico. Únicamente una llamada telefónica codificada por satélite, una orden, a veces ni siquiera un nombre, y si te he visto no me acuerdo. Y luego, si hay problemas, me los tengo que tragar yo solo.

—No me vengas con quejidos de vieja.

—Imbécil... —masculló en una especie de lamento.

A Héctor le pareció que aquel tipo estaba harto de obedecer órdenes poco claras venidas de España, de tener que allanar el terreno a desconocidos como él que aparecían y desaparecían sin dejar rastro, de jugarse su carrera en asuntos en los que ni siquiera intervenía, asuntos que había dejado traslucir como turbios y complejos.

—¿Seguro que no necesitas nada más? —insistió el hombre y él negó con la cabeza—. Pues te digo lo mismo que les he contado a los infelices que, como tú, aparecen por todo el mundo con posibilidades de joderme la vida: ni sé ni quiero saber nada de ti, de lo que vienes a hacer o de lo que vas a dejar detrás. Yo he cumplido con mi obligación, y si hay una próxima vez espero que sea en un depósito de cadáveres.

De repente vieron aparecer a Marcelo por la puerta de la terminal seguido de una veintena de jóvenes blancos. Se dirigían directamente hacia ellos.

—¿Nada más? —volvió a preguntar.

—Contando que has sido el único que ha hablado y que tendrías que estar abriendo las puertas de un cine por esa cautela y discreción que, como veo, te caracterizan... No, no tengo nada más que decirte.

—Te recuerdo que dejes a Marcelo fuera de tu juego. No mezcles a una persona como él con cualquier mierda que te traigas entre manos o yo mismo...

—No pierdas el sueño por ello.

—Será por el único que lo pierda.

Antes de que el fraile llegara a donde se encontraban, el hombre salió a su encuentro y le saludó como si se conocieran tiempo atrás. Luego continuó hacia la terminal y se perdió tras una puerta. Cuando Marcelo llegó junto a Héctor, éste le preguntó si conocía al tipo con el que se acababa de cruzar.

—Claro que sí. Trabaja en la embajada. Creo que es el jefe de seguridad o algo así. Buena gente. Muchas veces me echa una mano recibiendo él a los cooperantes cuando a mí no me da tiempo a venir desde Bata. ¿Lo conoces?

—No. Me había preguntado si te había visto y le dije que estabas a punto de volver —mintió.

Los miembros del grupo que guiaba Marcelo parecían estar hechos en serie. Todos vestían camisetas de algodón, pantalones cortos y, sobre todo, tenían aspecto cansado. Entre ellos se encontraba la pelirroja con la que había coincidido en la mesa del control de pasaportes. Al igual que le ocurría a él mismo, por su edad ella también parecía estar fuera de lugar en aquel ejército de cooperantes. Con la mente más relajada, tuvo tiempo para fijarse detenidamente en ella, alguien que, curiosamente, ya comenzaba a serle familiar. De hecho,

si exceptuaba a Marcelo, era por el momento la única persona a la que había visto dos veces en el mismo día. La mujer no era demasiado alta aunque sobresalía unos centímetros por encima del resto de sus compañeras. Cuando la tuvo cerca, además de repasar las curvas de un cuerpo fuerte y bien formado —quizá algo hombruno—, advirtió que su pelo no era tan rojizo como en un primer momento creyó percibir. En realidad le costaba definir el color de aquellos cabellos rizados. No lograban sintetizarse en un solo tono. Según les diera la luz, tan pronto aparecían matices cobrizos como rubios. Por el contrario, su tez sí pertenecía a la de una pelirroja, pálida y plagada de pecas, sobre todo en las mejillas. Seguramente se pondría colorada como un cangrejo al tomar el sol, aunque allí tendría suerte porque, según le habían contado, en Guinea el cielo se cubría de gruesas y blancas nubes durante la mayor parte del día. Camuflados entre los cabellos encrespados y las pecas desordenadas halló unos ojos de un verde tan intenso y puro como la malaquita, unos ojos que demostraban cansancio, quizá preocupación, quizá desquite.

Marcelo indicó a Héctor que se reuniera con el grupo. Una vez estuvieron todos juntos, les comunicó que el avión para Bata despegaría en poco más de media hora. Hasta entonces, debían aguardar de pie en el borde de la pista de aterrizaje. No cabían todos dentro de la sala de espera para pasajeros en tránsito. A Héctor no le resultó extraña aquella escasez de medios. África, América, Asia, el hemisferio sur... ¡qué carajo! Casi todo lo que había visto por debajo del trópico de Cáncer era miseria y pobreza. Sólo admitía una excepción: tal y como le había advertido el jefe de seguridad de la embajada hacía unos minutos, la forma de vida en Guinea podría ser muy diferente a cualquier otra que hubiese conocido.

El avión que debían tomar para volar hacia Bata resultó ser un pequeño aparato a reacción, un Fokker 28 de la compañía

Utage con capacidad para unos sesenta pasajeros. Justo en el instante en el que el Airbus-340 de Iberia atronaba los cielos de la isla de Bioko en su despegue de vuelta a Madrid, los mozos del aeropuerto comenzaron a cargar las maletas en el aparato mientras se les unía otro grupo de cooperantes algo más numeroso. A juzgar por sus indumentarias, todos venían a hacer lo mismo. Las únicas corbatas que se podían ver eran las de los dos pilotos y la del auxiliar de vuelo que completaba la tripulación. Por supuesto, los tres eran de raza negra. Aunque Héctor no dio la mayor importancia a ese detalle, a sus oídos llegó más de un comentario sobre aquella circunstancia. «*Simplemente nunca he volado con dos negros a los mandos de un avión*» escuchó decir a una joven sincerándose con una compañera.

Los treinta minutos de espera pronto se convirtieron en más de una hora de retraso. Los pasajeros continuaban de pie al borde de la pista aguantando una temperatura endiablada que iba rápidamente en ascenso. Había problemas con el peso de los equipajes. Sobre pasaba con creces el límite de seguridad del avión. El piloto se había atrincherado en la disyuntiva de transportar sólo a las personas o a las maletas. No salía de ahí. Tanto Marcelo como un fraile de otra orden intentaban hacerle entrar en razón sin demasiado éxito. Sus esfuerzos tuvieron su recompensa pasada una hora de palabrería. Llegaron al acuerdo de llevar a los pasajeros y sólo la mitad del equipaje. Si había suerte, el resto llegaría a Bata dos o tres días más tarde.

Uno tras otro y en fila de a uno, los cooperantes fueron ocupando sus asientos. Héctor se acomodó junto a una ventanilla muy cerca de la cola. Le apetecía admirar el paisaje aunque sólo tuviera la oportunidad de hacerlo durante el despegue y el aterrizaje. La mayor parte del vuelo transcurriría sobre el océano y, con algo de fortuna, incluso podría avistar

algún barco mercante, quizá un petrolero. Sin embargo, sus intereses se vieron sensiblemente transformados cuando su compañera de asiento resultó ser la joven pelirroja. Aquello le pareció que ya era demasiada causalidad para tan corto espacio de tiempo. Si el trayecto iba a ser breve y monótono, era una ocasión magnífica para averiguar quién se escondía detrás de aquella fachada tan interesante. No esperó demasiado para decidirse. Una vez que las ruedas se escondieron en el interior del fuselaje, se decidió a abrir la boca.

—Creo que esta vez es la definitiva. Dentro de tres cuartos de hora habremos aterrizado en Bata y el viaje por fin habrá terminado.

No era la mejor frase del mundo para iniciar una conversación pero no encontró otra más adecuada en aquel momento. La mujer le miró de soslayo y pareció sentirse obligada a contestar.

—Ya tengo ganas de llegar. Volar... volar no me sienta demasiado bien.

Tenía la voz suave aunque su tono mostraba firmeza.

—¿Te mareas? —le preguntó Héctor girándose en el asiento hacia ella—. ¿No tendrás miedo?

—¿Miedo? No es eso exactamente, sino... ¡pánico! —contestó arqueando ligeramente las cejas.

—No puedo creérmelo. Éste es el medio de transporte más seguro.

—Eso dicen, pero nunca me ha entrado en la cabeza cómo un pedazo de metal puede volar.

—No es demasiado complicado. Si quieres puedo explicártelo. Soy piloto.

La mujer primero le observó mostrando cierto asombro para luego cerrar los párpados en señal de desaprobación.

—¡Ja! Eso *sí* que no puedo creérmelo —enfaticó con una falsa sonrisa en los labios.

—Quizá tengas razón —era preferible dejar aquella argucia de adolescente—. Uno no puede ir fanfarroneando por ahí como si se tratara de un colegial —se disculpó al tiempo que sentía que iba a comenzar a dormir a la mujer si no daba un giro de ciento ochenta grados a un discurso tan absurdo—. Por cierto. Esta mañana estabas detrás de mí al pasar la aduana. ¡Vaya trago...! ¿Te revisaron el equipaje?

A ella pareció gustarle el cambio porque se decidió a girar el cuello lo suficiente como para dejar de mirarle de reojo.

—¡Hasta las costuras! Tuve que consentir que el policía me quitara un frasco de colonia para que me dejara en paz de una vez. Cualquier cosa que cogía la veía como sospechosa y no hacía otra cosa que insinuarme que me lo iba a quitar todo. La verdad es que estaba bastante asustada. Menos mal que al poco rato apareció Marcelo y me aconsejó que le diera cualquier cosa y así me dejaría tranquila.

Héctor rió para sus adentros. Su intuición y olfato en las aduanas seguían intactos.

—¡Qué golfo! Ese tipo ni siquiera habló conmigo. Se limitó a sellarme el pasaporte y marcarme con tiza la maleta. Por cierto, cruzo los dedos para que no sea una de las que han dejado en Malabo.

La joven parecía no mostrar ningún interés en continuar hablando. Se limitaba a contestar con educación y a mirar por el pasillo hacia delante, como intentando vigilar lo que hacían los pilotos. Y Héctor pensó que era inútil alargar aquella situación. Acaso únicamente escondía el deseo de que la dejaran sentir su miedo sola. Lo cierto era que la oportunidad de haber admirado Malabo desde el aire ya se había perdido y, tal y como se desarrollaban los acontecimientos, no desaprovecharía la ocasión de hacer lo mismo con su llegada a Bata.

No se volvieron a dirigir la palabra en todo el vuelo. Para mala fortuna de la joven, la maniobra de aterrizaje fue aún

más complicada que la anterior. El aparato sobrevoló un amplio espacio de selva a muy baja altura. Desde el avión se distinguían con toda nitidez los árboles y las palmeras como si en realidad estuvieran frente a ellos pie en tierra. Incluso podían descubrirse los troncos apuntando al cielo entre las enormes hojas verdes. Estaban ciertamente rascando sus copas. Así transcurrieron varios minutos en los que Héctor alternó la mirada entre la ventanilla y su compañera de vuelo sin poder evitar un gesto socarrón. Ella no miraba hacia ningún lado. Se aferraba con ambas manos a su asiento y mantenía su cuerpo rígido. Pensó que, en aquella posición, se asemejaba bastante a una de esas gigantescas estatuas de *Abu Simbel* en Egipto. Incluso en el momento en que las ruedas tocaron tierra su cuerpo no se movió. Quizá también fuera de piedra.

El aeropuerto de Bata era aún más desastroso que el que acababan de abandonar en Malabo. Cuando Héctor descendió del avión se dio cuenta de que las instalaciones sólo se componían de una pista en un estado lamentable con las marcas despintadas, y una pequeña construcción de bloques de hormigón donde presumiblemente debía de haber alguien con un rudimentario equipo de radio haciendo las funciones de torre de control. En las carreteras comarcales de España había visto antiguas casetas de peones camineros con mejor aspecto que aquella terminal. Al menos, parecía que todo cambiaría dentro de poco. Se veían varias excavadoras por las cercanías del edificio. Cuando se detuvo a mirar con detenimiento a su alrededor, descubrió una nueva pista de aterrizaje sin pintar y sin señalizar, y los cimientos de una nueva terminal. Estaba claro que el aeropuerto terminaría por modernizarse pero en esos momentos era una ruina más propia de una guerra que de un país subdesarrollado. Y el colmo de la situación —que además reavivó su mal humor— llegó de la mano de su maleta, que había sido una de las muchas elegidas para pasar unas obligadas y cortas vacaciones en la isla.

Sin nadie a quien reclamar y tragándose la rabia, vio cómo Marcelo comenzaba a organizar el traslado a la ciudad. La mayoría del grupo fue subiendo a un gran camión que esperaba al otro lado del edificio. El remolque estaba cubierto por una lona de color verde oscuro. Héctor fue el único invitado a ocupar un coche todoterreno que estaba aparcado junto al camión. Lo conducía una mujer blanca que llevaba un vestido hasta los tobillos con un estampado en tonos verdes muy parecido al de Marcelo.

—Sí. A ese vestido también se le llama *popó* —le aclaró el religioso adelantándose a sus pensamientos.

A los pocos minutos se dirigían hacia el colegio que su orden tenía en la capital continental abriendo paso al camión. La conservación de la estrecha carretera que les conducía a la ciudad no parecía ser un asunto prioritario para las autoridades. Mientras avanzaban entre profundos baches, todo lo que Héctor observaba le confirmaba que aquel era un país de extremos como otros tantos que había conocido. La belleza más impresionante que le ofrecía aquel paisaje natural, prácticamente virgen, contrastaba con la pobreza de sus gentes, una pobreza que podía palpase sin necesidad de hacer el más mínimo esfuerzo. La mayor parte de los edificios, de una sola planta, estaban contruidos con madera o pequeños y rudimentarios bloques huecos de cemento. Sus fachadas estaban pintadas en lo que un día debieron ser vivos colores y ahora se mostraban descuidadas y desteñidas por el sol. Las casas se repartían sin orden a lo largo y ancho de la ciudad, como si alguien hubiera tomado un puñado en la mano y lo hubiera dejado caer sin el menor cuidado. En algunos casos había entre ellas amplias áreas de vegetación salvaje, y en otras se apiñaban sin dejar casi espacio entre sus paredes. Había muy pocas calles asfaltadas. La circulación era escasa y los pocos vehículos que pudo observar estaban en un estado

desastroso, avanzando con muchas dificultades entre la gente que, para un urbanita como él, caminaba con insultante parsimonia en todas direcciones. Sus vestimentas estaban, al igual que todo lo que les rodeaba, mugrientas, rotas. Sus rostros se mostraban serios, y la mayor parte de la gente andaba en solitario o en parejas. Los niños correteaban sin dirección fija ignorando la presencia de los coches o de las personas. Iban aún peor vestidos que los mayores —con auténticos guñapos— y muchos estaban descalzos. A otros se les veía ayudar a sus madres a transportar enormes bolsas de plástico que Héctor, por mucho que se esforzara, nunca lograría descubrir qué llevaban en su interior. Pero éstos eran los menos.

Según se acercaban al colegio, entre vaivenes y frenazos, el panorama comenzó a cambiar lentamente. Las casas tenían mejor aspecto al igual que la gente que se encontraba por sus alrededores. Muchas mujeres caminaban portando un paraguas a modo de parasol y quizá —supuso— iban más arregladas. Los niños habían desaparecido. Debía tratarse de una zona residencial pero su aspecto exterior era más bien el de un arrabal de cualquier capital europea. Las calles, aunque desiertas, estaban asfaltadas y flanqueadas por postes del tendido eléctrico. Incluso de uno a otro lado cruzaba un cable del que colgaba un pequeño y rudimentario farol.

«¡Joder! ¿Por qué me ha tenido que tocar a mí? ¡Qué mierda es todo esto! ¿Por qué África? ¿Por qué, simplemente, no me han dejado en paz? Esto no ha hecho más que empezar y ya estoy hasta los cojones. ¿Cuándo desaparecerán todos estos meapilas?», se dijo lleno de rabia.

Pero sabía que ya no había remedio. Cuanto antes lo asumiera y se pusiera a trabajar, antes acabaría todo y —con mucha suerte— estaría de vuelta otra vez allá donde ellos quisieran. Debía seguir el método que le habían enseñado y que tantas veces había puesto en práctica con éxito. Para

eso le habían entrenado, no para ir de excursión con las monjas Ursulinas. Su cerebro tenía que empezar a trabajar desde ese mismo momento. Debía tratar de retener en la memoria todo aquello que su mente fuera capaz de capturar, por muy insignificante que pareciera. No sabía lo que el futuro inmediato le deparaba y tenía que actuar con celeridad. La experiencia así se lo había demostrado. Se encontraba sumergido en una cultura extraña, en un entorno que no dominaba. Se estaba dando de narices con una concepción urbana totalmente caótica y con una selva desconocida y peligrosa —“*como todas*”, se dijo—. Debía aprender las novedades con rapidez, fijarse en todo lo que tenía al alcance de los sentidos. Un color, un olor, un sabor... Sabía que cualquier detalle podía significar la diferencia entre vivir o morir.

CAPÍTULO II

El colegio era un gran edificio de tres plantas pintado en lo que hacía mucho tiempo fue color ocre. Estaba situado en un pequeño alto del terreno y se accedía a él por un sendero peatonal que atravesaba un jardín sin vallar. Los pocos vehículos que entraban al recinto debían hacerlo por la parte trasera, allá donde se encontraban los patios de recreo y un par de campos de baloncesto. Fue en una de esas canchas donde quedaron aparcados el camión y el todoterreno mientras se descargaba el equipaje.

Como si fuera el jefe de la recepción del mejor hotel, Marcelo fue acompañando a cada miembro del grupo a las celdas de los frailes que permanecían vacías y que muchos de los cooperantes ocuparían esa noche. El resto se instalaron en un aula que habían vaciado de mesas y sillas.

—Hay que darse prisa. Aquí el sol no se pone: se cae —les explicó mientras ayudaba a bajar las maletas del camión—. Apenas hay atardecer. En pocos minutos se pasa del día a la noche.

No había tiempo que perder. Los miembros del gran grupo fueron sentándose en una amplia terraza cubierta a la espera de que Marcelo terminara la asignación de habitaciones. Héctor se sentó en una silla hecha de una especie de caña a la que alguien llamó *melongo*. Desde allí podía ver la cocina donde cuatro mujeres negras pelaban patatas traídas de Europa alrededor de un gran cubo de plástico azul. Poco a poco, aquella escena se le fue ocultando tras la gente que llegaba e iba sentándose a su alrededor. Casi todos eran jóvenes que apenas

acababan de cumplir veinte años. También había un par de religiosas y un tipo vestido con una camisa clara y unos pantalones vaqueros que resultó ser un sacerdote. Nadie parecía conocer a más de dos o tres personas y, desde luego, se notaba quién había estado sentado en aquella terraza más de una vez. Sin duda, el cura era uno de ellos. Se le veía más tranquilo que al resto. Compartía la alegría de volver a estar allí con todo aquel que pasaba por su lado. No paraba de hablar. Era un hombre algo mayor que Héctor, más bajo y casi completamente calvo. Junto a él había una joven de piel morena y cabellos cortos y, tras ellos, —“no me lo puedo creer” —, la mujer pelirroja.

Antes de que Héctor pudiera enterarse de lo que se cocía en aquella terraza, Marcelo se acercó a él y le invitó a que le siguiera. Quería presentarle a los compañeros con los que compartiría los próximos dos meses en un poblado selva adentro. En esos momentos se encontraban en una habitación cercana revisando el equipo que había llegado por barco desde España hacía unas semanas.

Cuando abrieron la puerta, Héctor se encontró con una estancia estrecha, alta y poco iluminada. Seis cajas de cartón de grandes dimensiones se apilaban contra una de las paredes. Una joven encaramada en lo alto peleaba por leer los letreros que las identificaban. El otro componente del equipo era un hombre y rebuscaba en una pequeña bolsa de lona tratando de encontrar una linterna que le facilitara la labor.

—Aquí los tienes —dijo Marcelo en voz alta—. Son Arturo y Covadonga, pero a la moza todos la llaman Cova —aclaró con tono simpático.

Los dos se disculparon por no poder estrecharle la mano en ese momento. Tenían que terminar el inventario y comprobar que no faltaba nada.

—Soy Héctor —se presentó mientras parecía buscar algo en

la oscuridad de la habitación—. A propósito... quizá entre esas cajas haya una que yo mismo mandé desde Madrid. No sé si la habéis encontrado. Me gustaría revisarla.

Arturo dirigió toscamente el foco de la linterna hacia la primera de todas.

—Me temo que es la que está ahí abajo —le dijo esforzándose por mover una de las que permanecía sobre ella.

No tardaron demasiado en confirmar que todo el equipamiento estaba en orden, incluida la caja de Héctor, quien pidió que le dejaran comprobar su estado después de comer. Necesitaba hacerlo. Quería cerciorarse de que había llegado en buenas condiciones, que no faltaba nada, que podía trasladarse al poblado con la seguridad de saber que el poco trabajo que había preparado en España no había sido en vano. Marcelo trató de disuadirle. «**No te preocupes. Nunca hemos tenido ningún contratiempo con los contenedores**», le había argumentado el fraile mientras regresaban con el grupo. Pero a él le importaba muy poco sus aseveraciones. No tenía ningunas ganas de llegar al centro de la selva y llevarse una desagradable sorpresa. La vida misma le iba en ello.

Los cuatro cruzaron la terraza donde ya estaban reunidos todos los grupos y fueron a una esquina para sentarse alrededor de una mesa que permanecía desierta, algo apartados del resto. Así estarían más tranquilos y a salvo de interrupciones. Sobre el tablero de madera alguien les había dejado cuatro vasos y una jarra llena de zumo de naranja frío. Mientras se acomodaban y Marcelo daba las últimas indicaciones para la preparación de la comida, a Héctor le dio tiempo a observar bien a sus dos compañeros. Necesitaba saber con quién iba a jugarse los cuartos. Era la fuerza de la costumbre. Calculó que Arturo no debía tener más de veinticinco años. Era un hombre delgado que sobrepasaba el metro setenta centímetros de milagro. Unos minutos antes, mientras se revolvía entre

las cajas, había notado que era persona de movimientos torpes, como si le costara una eternidad decidirse a coger tal o cual cosa, como si dudara hacia dónde debía dirigirse, a quién mirar o con quién hablar. Su rostro cuadrado tenía las facciones bien marcadas y terminaba acusador en una nariz puntiaguda. Cuando sus largos cabellos rubios dejaban de resbalar por encima de unas anticuadas gafas con montura de pasta color café, podían adivinarse unos diminutos ojos como los de un ratón de campo. Llevaba dos o tres días sin afeitarse y una extraña sombra bermeja comenzaba a cubrirle la cara.

Cova no era mucho más baja que su compañero pero a la muchacha —“*sin duda*”— la estatura le lucía más. Tan delgada como él, lo primero que le llamó la atención de ella fueron unos tremendos ojos negros a través de los cuales se desprendía una mirada viva, eléctrica. Se movía con agilidad pero sin violencia, con sutileza. A primera vista, sus ademanes le habían parecido como los de una princesa paseándose entre los salones de su castillo. Allí, sentada frente a él, observó que cuando ladeaba la cabeza, sus cabellos oscuros, finos, cortados a media melena, se alborotaban para descansar luego ordenados como si cada uno supiera dónde debía hacerlo. Tenía una sonrisa permanente sobre unos labios finos y ligeramente sonrosados.

Marcelo fue sirviendo uno a uno los vasos. El religioso parecía tener una predilección especial por sus tres invitados a juzgar por aquel recibimiento tan distinguido, pero Héctor no tardó en advertir que todos en aquella terraza estaban vaciando *tetra bricks* de zumo de naranja. Si los había apartado del resto era porque, como les explicó, ellos formaban el único equipo en el que uno de sus miembros era totalmente desconocido para los otros dos.

—Todos han mantenido al menos un par de reuniones antes de llegar a Guinea —continuó—. Ya sabéis que la labor que

vais a realizar no empieza aquí sino que, como podrá confirmar Arturo, que ya es el segundo año que viene, hay que comenzarla en España. En vuestro caso no ha sido posible y por eso he querido reuniros aparte. Sería deseable que al menos mañana no os encontréis demasiado solos en el poblado.

—Estoy seguro de que yo no voy a estarlo. Allí conozco a todo el mundo —bromeó Arturo con cierto entusiasmo haciendo alusión a su estancia pasada.

—De eso estoy convencido. Y aunque Cova sabe bien cómo eres, no estaría de más que os presentarais entre vosotros. Eso sí, por favor, sin extendernos demasiado, que tenemos poco tiempo.

«*En eso estoy totalmente de acuerdo con el frailecillo*», pensó Héctor.

Arturo fue el primero en comenzar a hablar. Dirigiéndose principalmente al piloto, explicó que acababa de terminar sus estudios de veterinaria y, como había anticipado Marcelo, era el segundo año que viajaba a Guinea Ecuatorial como cooperante. Tanto Cova como él pertenecían a una comunidad cristiana llamadas «de base» cuyo objetivo era vivir la religión poniéndola en práctica y no *metidos dentro de una iglesia*. Estaba ansioso por regresar al poblado en el que había vivido diez meses atrás, y confesó su alegría de contar en el grupo con un hombre alto y fuerte como Héctor. Muchas de las labores que iban a desarrollar exigían tanto presencia como fuerza física.

Héctor le hizo una mueca de duda.

—No he pisado un gimnasio en mi vida —les aclaró con cierto tono de disculpa—. Jugué al balonmano cuando era joven, pero de eso hace ya muchos años. Ahora acostumbro a correr y a nadar para mantenerme en forma. Poco más.

—¡Pues sí que te cunde! Porque detrás de tus espaldas podemos escondernos Arturo y yo... —le dijo Cova acurrucándose

en su asiento detrás de un mohín travieso. Sabía que, sin duda, había exagerado porque, si bien Héctor era un hombre alto, no era el prototipo de carne de gimnasio. Las mangas cortas de su camisa mostraban unos brazos fuertes en los que apenas se marcaban sus músculos.

Ya que había interrumpido la presentación de su compañero, la muchacha retomó el hilo de la conversación. Así que se encaró con Héctor y le contó que tenía veintitrés años y pertenecía a la misma comunidad que Arturo. Había finalizado hacía un par de años sus estudios de magisterio y hasta el momento no había tenido oportunidad de trabajar. En tanto buscaba un colegio que quisiera contratarla, se dedicaba a ayudar en un centro de acogida de inmigrantes por las mañanas y asistía a clases en la facultad de Historia por las tardes. Estaba nerviosa ante la experiencia que iban a vivir en los próximos días.

—Sí, lo sé —dijo volviéndose hacia su compañero—. Arturo ya me ha dicho que voy a tener dos meses largos para que se me pasen los nervios, pero es que no puedo evitarlo —y se giró de nuevo hacia Héctor—. Y bien, ¿qué nos cuentas de tí?

«*Pues que me importa una mierda quiénes sois y qué hacéis*», saltó la frase en su cerebro como un resorte mudo.

El piloto se revolvió en su sillón y buscó un cigarrillo dentro del arrugado paquete de tabaco que tenía en el bolsillo de su camisa. Volvió a maldecirse por enésima vez en el día. ¿Para qué coño tenía que contarles su vida y milagros? «*Valiente gilipollez*», pensó. En cualquier caso traía preparado un buen rosario de mentiras, pero antes balbuceó unas pocas palabras de disculpa por haber sido una incorporación de última hora. Eso daría más verosimilitud a su actuación. Después encendió el cigarrillo que mantenía pegado a los labios y soltó el humo con violencia.

—Como sabéis, mi nombre es Héctor. Me imagino que Marcelo ya os habrá adelantado que no pertenezco a ninguna co-

munidad de esas de base como vosotros. De hecho, es algo que no conozco y que supongo que me iréis explicando a medida que pase el tiempo —e hizo una breve pausa para concentrarse en ser amable. Sus ojos no cesaron de recorrer todos y cada uno de los rincones de la terraza. Sonrió para atenuar la tensión que su silencio pudiera provocar—. Bueno, no sé qué contaros... Quizá penséis que a mi edad, dentro de poco cumpliré treinta y tres, hay que estar un poco loco para aventurarse en una labor de este tipo. Y puede que tengáis razón.

—¿Por qué has querido pasar este verano ayudando en Guinea y no de vacaciones? —le interrumpió Cova a punto de electrocutarle con aquella mirada fija, directa.

«*Yo quería pasar el verano en cualquier parte del mundo menos aquí*», se dijo antes de responder.

—Pues, si te digo la verdad, ni yo mismo lo tengo claro. Lo único que sé es que necesitaba hacer algo distinto y ésta era una buena oportunidad —comenzó la ristra de embustes antes de darle un sorbo al vaso con zumo de naranja y una nueva calada al cigarrillo—. Mi vida ha sido bastante monótona aunque sea difícil de entender. Bueno..., en fin... Soy piloto comercial. Hasta hace seis meses trabajaba para una empresa de transportes. Me dedicaba a trasladar mercancías en un pequeño avión. Entonces las cosas empezaron a no ir tan bien como todos quisiéramos y no renovaron mi contrato. Antes de dejarme en la calle me aseguraron que sería algo pasajero, un paréntesis, aunque, a decir verdad, dudo que cuenten conmigo de nuevo.

—¿Y cómo se te ocurrió venir aquí? —volvió a preguntar Cova.

—No sé... —dudó un instante antes de continuar. Incluso hubo un relámpago de sinceridad y estuvo tentado de decir la verdad. Pero casi al instante regresó a la cordura de su dura realidad—. Será porque siempre quise hacer algo por los de-

más. Como podréis imaginar, por culpa del trabajo, en este sentido no he tenido oportunidad de planificar mi vida. Hace tiempo que conozco esta labor por medio de un amigo que es piloto de Iberia y que hace regularmente la línea Madrid-Malabo. Me explicó el camino que debía seguir para venir como cooperante y... ¡aquí estoy! —terminó por zanjar la cuestión con un tono que no dejaba lugar a dudas.

—Nunca imaginé que un piloto pudiera preocuparse por estas cosas —intervino Arturo—. Yo pensé que eran todos, (perdóneme), unos engréidos... eso, unos engréidos.

A Héctor le llamó la atención que a la hora de explicarse o de mostrar su opinión, al veterinario siempre se le quedaran enganchadas en la lengua las últimas palabras. Parecía nervioso, quizá cansado por el viaje.

—Desde luego, no quiero que me malinterpretes —se excusó detrás de sus gafas de pasta—, pero es que todo el mundo lo dice.

—Y no les falta razón. Pero también hay que contar que, como en todas las profesiones, la gente pone etiquetas. Hay mucho de leyenda negra en todo esto. Y te aseguro que muchos pilotos son por lo general una pandilla de... *engréidos* —y antes de continuar se inclinó hacia Arturo aparentando complicidad—. Por cierto, hay una cosa muy importante que quiero pedirte.

Arturo quedó algo perplejo ante la seriedad con la que había pronunciado aquellas palabras.

—Tú dirás... —susurró.

—Necesito ropa. Mi maleta ha decidido hacer turismo en Malabo para ponerme a prueba y ver cómo soy capaz de funcionar sin ella —ironizó.

—Dudo que usemos la misma talla pero veremos qué se puede hacer.

—Me consta que acabaréis por entenderos —interrumpió Marcelo mientras se levantaba de la silla—. Podréis dedicar la

comida a seguir comentando vuestras vidas. Por ahora no hay más tiempo. Los demás ya están sentados a la mesa y creo que, si no nos damos prisa, no van a dejar nada que llevarnos a la boca.

Después de comer, todos los comensales ayudaron a recoger las sobras y llevaron los platos sucios a la cocina. Luego, lentamente, cada uno fue dirigiéndose a su habitación para descansar durante un par de horas. Héctor, tal y como había decidido, fue a revisar el contenido de su equipaje traído por barco desde España. Marcelo le acompañó hasta la puerta del pequeño cuartucho donde estaban las cajas y se despidió hasta las tres de la tarde, hora en la que pensaba reunir a todos los cooperantes para tener un breve encuentro en una de las aulas del colegio.

El piloto rasgó la cinta adhesiva que cerraba su caja de cartón con un cuchillo que había cogido de la cocina y, tras levantar las solapas, inició un examen meticuloso de los objetos que contenía. Casi todo eran utensilios que, una vez en el poblado, iban a compartir. Así pudo encontrar tela mosquitera, un par de rollos de cuerda de rafia, dos botes de insecticida, tres latas de desinfectante, varios frascos de cristal vacíos, dos faroles y una cocina de petróleo, un filtro y pastillas de cloro para tratar agua... Todo aquello lo había comprado personalmente en Madrid por indicación de Teótimo, un religioso de la misma orden que Marcelo. Según le dijeron, la extensa lista del material que debían llevar aquel verano se había dividido en tres partes y cada uno tenía que completar la suya. Sólo existía una cosa que no pondría en común. Se trataba de un pequeño paquete del tamaño de una caja de zapatos forrado completamente con papel plástico y rematado en los bordes con cinta adhesiva de embalar. En cada una de las caras, escrito con tinta roja, podía leerse un rótulo disuasorio que rezaba «**PELIGRO: NO ABRIR**». Comprobó el paquete

minuciosamente, una y otra vez hasta cerciorarse de que no había sufrido ningún golpe o desperfecto. Incluso se lo acercó a la nariz y lo olisqueó como si fuera un sabueso. Con cierta satisfacción volvió a introducirlo en la caja de cartón y la cerró. Devolvió el cuchillo a la cocina y fue a su habitación dispuesto a dormir durante un par de horas antes de que lo despertaran para acudir a la reunión.

CAPÍTULO III

Héctor tenía buen despertar pero aquella tarde fue una excepción. Durante el tiempo que durmió había soñado que estaba en su pequeño apartamento de Madrid preparándose una succulenta merienda con galletas y mermelada mientras veía un serial en la televisión. Cuando la voz de Marcelo tras la puerta le hizo volver a la realidad, de nuevo no pudo evitar preguntarse qué demonios hacía allí. Empezaba a ser un pensamiento molesto y recurrente. Sintió hambre. Estaba aún más cansado y sudado que cuando se echó sobre la cama. El calor, la humedad y los gritos del fraile despertando a los cooperantes alimentaban su mal humor de forma meteórica. Quería volverse de lado y seguir durmiendo o, mejor aún, continuar merendando frente al televisor. Bufó sentándose sobre el colchón, buscó el paquete de tabaco en la camisa que había a los pies de la cama y encendió un cigarrillo.

El aula en la que tenían que reunirse todos los cooperantes estaba fuera del edificio principal del colegio. Cova y Arturo esperaban a su nuevo compañero en la puerta mientras cambiaban impresiones con el sacerdote que horas antes, en la terraza, no había parado de hablar. Héctor no tenía ganas de entablar conversación con nadie pero no le quedó más remedio que saludarle. Se lo presentaron como Jacinto, un jesuita que llevaba varios veranos trabajando en los poblados guineanos. Fue al cruzar apenas un par de frases con él cuando admitió que aquel hombre no resultaba ser un charlatán de feria. En un principio, le pareció que hablaba para pasar el tiempo o para que los novatos notaran su veteranía. Era como una

especie de exhibicionista, como un *showman* patético. Pero en los escasos dos minutos que departió con él antes de que empezara la reunión, sólo palabras simpáticas y de ánimo salieron por su boca. Jacinto era un hombre agradable de escuchar. No había duda de que lo único que intentaba era atenuar la ansiedad e impaciencia que muchos sufrían, transmitir a los demás seguridad y confianza, que no se dejaran impresionar por la situación que estaban a punto de vivir. Aseguraba que al principio la vida en Guinea se hacía dura pero que, pasados unos días, todos se acostumbrarían a ella, y que al regresar a España la echarían de menos.

—¿Está seguro de eso, padre? —le retó Héctor aún a riesgo de parecer insolente.

El jesuita se deshizo en una larga carcajada.

—*¡Padre?* No, *hijo*. Llámame Jacinto, como todo el mundo. Y te aseguro que terminarás por añorarla.

«Estoy *seguro*», pensó con ironía.

El tiempo apremiaba. La reunión no debía extenderse demasiado. El sol se ocultaría a las seis de la tarde y para entonces el protocolo marcado con las autoridades eclesiásticas del país les obligaría a acudir a una recepción programada con el obispo de Bata. «*Habrà que poner cara de niño bueno*», pensó Héctor cuando se enteró de la agenda.

Marcelo inició el encuentro con una bienvenida simpática que dio paso a una explicación exhaustiva sobre la labor que tendrían que desempeñar en los poblados durante los dos meses siguientes. El grupo estaba sentado en corro alrededor de una mesa donde había un infiernillo alimentado por una bombona de gas, justo en el centro de una sala pintada de un blanco imaculado.

—Todos sabéis bien lo que habéis venido a hacer aquí. No se os ha hablado de grandes proyectos, sino de pequeños detalles que juntos, lentamente, harán que crezca la calidad de

vida de los más desfavorecidos —les dijo mientras caminaba con parsimonia alrededor de la mesa—. Vuestra misión será ante todo educativa. Todos y cada uno de los componentes de los equipos deberán dar lecciones de refuerzo de, al menos, matemáticas y lengua castellana. Para organizar las clases y que éstas sean de provecho, tendréis que empezar por dividir a los habitantes de cada poblado según su edad y su nivel de estudios —y aguardó unos instantes en silencio por si había alguna pregunta, pero nadie habló—. También tendréis que prestar atención a la higiene, tanto a la personal como a la comunitaria. Os daré unos sencillos manuales para que impartáis seminarios muy básicos. Es completamente esencial que comprobéis que cada casa tenga construida su propia letrina. Si no hay letrina, no hay salud.

Marcelo recalcó varias veces que lo más importante era realmente el aseo personal e intentar que todo el pueblo colaborara en las actividades que allí se iban a desarrollar. Tal y como les explicaba, las circunstancias de la vida en la selva obligaban a que el hombre guineano se sintiera independiente y no acostumbrara a colaborar en trabajos comunes. Debían intentar que todo el poblado participara. Por último les informó que también tendrían que ocuparse de la atención médica, del empleo del tiempo libre y de la formación religiosa.

Después de aquella rápida visión general, y para conseguir animar las aburridas caras de los asistentes, el fraile decidió que era el momento de arrancar la clase de medicina natural. Caminando pausadamente por delante de los rostros cansados de los jóvenes que le escuchaban, les fue explicando que muchas de las enfermedades o heridas que podrían llegar a padecer tanto ellos como sus anfitriones —«*Dios no lo quiera*»— tendrían fácil solución en la mayoría de los casos. No habría que acudir al botiquín o, en los percances «más aparatosos, al hospital de Bata. Ayudado por una religiosa que el milagro

de la vida mantenía enérgicamente en pie a pesar de los años y del sudor que empapaba su frente, les enseñó a preparar uno de los remedios más versátiles y efectivos de la selva: el aceite de huevo.

—Aquí se ríen mucho cuando les digo que la magia de los blancos no sólo viene dentro de las cajas que se venden en las farmacias —continuó—. Hay otra magia que es mucho más fácil y, en verdad, más efectiva. ¿Quién no ha oído hablar de la medicina natural?

Ante la atenta mirada del auditorio, entre su ayudante y él pelaron media docena de huevos cocidos para luego machacar únicamente las yemas sobre una sartén puesta al fuego. Poco a poco, la harina amarillenta en la que se habían transformado las yemas fue tostándose hasta quedar convertida en una masa negra y pegajosa bajo una nube de humo denso que ascendía hacia el techo formando curiosas volutas. Cuando todos creían que el experimento había fracasado y que el único destino de aquel potingue iba a ser el cubo de la basura, Marcelo retiró la sartén del fuego y comenzó a presionar con un tenedor aquella especie de goma oscura. De su interior comenzó a salir un líquido viscoso y pardo que vertió en un pequeño frasco de cristal. Aquel aceite era un poderoso desinfectante que además les evitaría el tétanos en el caso de que sufrieran una herida profunda. Por otra parte, si el daño no era muy grave, no quedaría cicatriz alguna.

El religioso hizo repetir la operación a uno de los equipos mientras los demás prestaban más atención si cabía. Los comentarios volaban de boca en boca. «*Un huevo curando el tétanos*» habían escuchado decir a Cova. «*Nadie lo hubiera podido imaginar*».

Hubo unas nociones rápidas de cómo hacer jarabe para la tos a partir de la flor u ombligo de la palmera platanera, o de la manera de elaborar un remedio para curar la conjuntivitis

a base de hojas de guayaba. Y después sólo quedó tiempo para entregar a cada equipo una especie de pequeña piedra alargada de color negro. Marcelo aseguró que una mordedura o la picadura de cualquier animal o insecto venenoso sería inofensiva si se tenía la piedra a mano. Tan sólo había que hacer un profundo corte en la zona del cuerpo donde el veneno había sido inyectado y hacerla sangrar durante algunos segundos. Luego había que colocar la *piedra negra* —aquél era su nombre— sobre el corte. Ésta quedaría adherida a la piel y filtraría la sangre hasta eliminar todo el veneno. Y su vida útil no terminaba ahí. Después de ser usada, la piedra no quedaba inservible. Podía volver a usarse tan pronto como se hirviera durante media hora en agua y se dejara reposar dos horas más sumergida en leche.

Jacinto no pudo evitar la ocasión de intervenir. Se puso en pie y aseguró a los asistentes que nadie tenía que alarmarse porque, en todos los años que llevaba acudiendo como cooperante, jamás la había utilizado. Con ello intentaba hacer desaparecer el gesto de preocupación que había surgido en los asistentes, sobre todo en las mujeres.

Por último, y antes de que salieran a visitar al obispo, llegó el reparto de poblados entre los equipos. El grupo de Héctor regresaría al mismo en el que ya había estado Arturo el año anterior. Su nombre era Nabaveng y estaba a casi dos horas de camino desde Bata.

—¿Dos horas? ¿A cuántos kilómetros está realmente de aquí?
—le preguntó Héctor a Marcelo según salían del colegio.

—¿Kilómetros? Calcula que si son cerca de dos horas de viaje, estará a unos cincuenta o sesenta —le explicó posándole la mano sobre el hombro—. Aquí preferimos medir las distancias en tiempo. Hasta Nabaveng, la ruta dura unas dos horas. No se puede ir más despacio, ni más deprisa. Mañana lo entenderás.

—Y este poblado... Nabaveng, ¿está cerca de otro que se llama... sí... Ababiyeng?

—¿Por qué quieres saberlo?

—No es nada importante. Tu compañero Teótimo, con el que preparé todo para venir aquí, me habló alguna vez de él.

Marcelo se extrañó.

—No me explico cómo pudo contarte nada. Él nunca ha estado en Guinea. Quizá confundiera el nombre. Sé que Arturo le ha hablado de Nabaveng algunas veces, y Ababiyeng tiene el nombre muy parecido y, además, está muy próximo.

—¿A cuánto? —insistió.

—No sé... Calculo que será una hora a pie, unos siete u ocho kilómetros.

Ababiyeng, efectivamente, se encontraba cercano a Nabaveng. Lo único que sabía Héctor era que se trataba de un poblado que no se diferenciaba del resto de los cientos que salpicaban el país a no ser por un pequeño oratorio dedicado a la Virgen del Carmen. Era necesario encontrar la forma de poder ir allí cuanto antes.

La recepción con el obispo resultó protocolaria para los cooperantes y un verdadero calvario para el piloto. Uno a uno, instalados de pie en una sala amplia, los blancos fueron saludando y besando el anillo que lucía en su mano derecha mientras el prelado permanecía sentado en una butaca de madera forrada con terciopelo rojo. Intercambiaron con él algunas palabras acerca del viaje y le mostraron la ilusión que traían por comenzar cuanto antes su labor. Un escalofrío recorrió la espalda de Héctor cuando descubrió la mirada extrañada del mitrado recorriéndole la cabellera hasta la misma punta de la coleta. No supo si le había disgustado aquella melena en un cooperante o, por el contrario, le había parecido curiosa, moderna. La verdad es que le traía sin cuidado lo que pensara.

Gracias al cielo, para evitar problemas, no hubo ningún comentario al respecto. La visita apenas duró unos minutos. Antes de que la intensa languidez del encuentro les calara, caminaban de regreso al colegio.

Estaba anocheciendo y sólo eran poco más de las seis. El sol caía a plomo hacia el horizonte pero la temperatura y la humedad seguían constantes, como si el ocaso no les influyera. Héctor observó cómo el cielo se teñía de oscuro con la misma celeridad con la que hacían su aparición unas aves que aleteaban pesadamente, como cansinas palomas en busca de un lugar seguro donde pasar la noche. Siguió a una de ellas con la mirada hasta ver cómo se acercaba al árbol donde él estaba apoyado a la espera de reunirse con Cova y Arturo. Su sorpresa fue mayúscula cuando el ave, que agitaba sus alas torpemente, se posó en una rama cerca del suelo y, como si se tratara de un trapecio, rotó su cuerpo hasta quedar... ¡boca abajo! No daba crédito a sus ojos. No era una paloma, sino un murciélago del tamaño de una perdiz. Y los había a cientos volando lentamente por el tenebroso cielo de Bata. Estaba visto que aquel día se habían apiñado un buen número de sorpresas y apenas le daba tiempo a asimilarlas.

Arturo y Cova venían hablando con Jacinto. Héctor se unió al trío y no tardó en separar hábilmente al veterinario para poder conversar sin prisas antes de llegar al colegio. Quería tener una charla tranquila, *productiva*, sin nadie que pudiese molestarles. Al principio sólo contrastaron las primeras impresiones que el piloto había tenido acerca del país, o también cómo solucionarían el problema con la ropa hasta que su maleta llegara de Malabo. Poco a poco los temas triviales fueron dando paso a las actividades que debían desarrollar en el poblado.

—Supongo que durante los dos meses se harán visitas a otras aldeas cercanas —dijo por hecho Héctor para sonsacarle.

—Supones mal. La verdad es que no son muy frecuentes. El año pasado no hicimos más que un par de ellas. No podemos perder el tiempo haciendo... ¡eso!, haciendo turismo. Date cuenta de que sólo tenemos dos meses para terminar todo lo que nos ha dicho Marcelo, contando además que este año vamos a realizar un par de obras más en Nabaveng, pero eso ya nos lo dirá mañana.

—¿Obras?

—Seguramente tendremos que construir una escuela y no sé qué más.

Héctor hizo una mueca de asombro pero fingió indiferencia.

—Bien, pues eso, que ya nos lo contará mañana... Volviendo al tema de las visitas, en un poblado llamado Ababiyeng hay una especie de santuario dedicado a la Virgen del Carmen, si no me equivoco.

—¡Uy!, ¿y cómo sabes tú eso? —preguntó extrañado el veterinario mientras se acomodaba las gafas sobre la nariz con la punta del dedo índice.

—Me lo ha dicho Marcelo —mintió con firmeza y descaro—. Antes de visitar al obispo hemos estado intercambiando opiniones acerca de cómo se puede vivir la religión en Guinea. Yo no estaba muy convencido de que aquí el cristianismo hubiese calado tan hondo, y ha sido entonces cuando me ha hablado de Ababiyeng y de su santuario.

Arturo sonrió antes de responder.

—No es exactamente un santuario. Se trata de una pequeña choza a modo de capilla donde hay una talla en madera de la Virgen. La verdad es que no tiene nada de particular. No merece la pena la caminata para ir a visitarlo.

—¿Qué ocurre? ¿Está muy lejos de nuestro poblado? —le tiró de la lengua.

—Si no recuerdo mal, más o menos será una hora a pie.

—No es demasiado.

—¿Realmente quieres ver el oratorio?

Héctor simuló dudar un instante antes de responder.

—Hombre, si me dices que no es nada del otro mundo...

—Lo que quiero decir es que, si realmente no hay un motivo importante, no hay por qué verlo.

—Lo decía por simple curiosidad. Me había parecido extraño que en mitad de la selva pudiera haber una cosa así.

El veterinario agarró del brazo a Héctor mientras incrementaba la velocidad de la marcha para alcanzar a Cova y al resto del grupo.

—Pues ya puedes ir preparándote. De aquí en mucho tiempo vas a sorprenderte más de lo que nunca hayas podido imaginar. Lo del santuario, como tú lo llamas, puedes tomártelo como una simple anécdota. Las verdaderas novedades aún están por llegar.

—De eso estoy seguro —susurró Héctor, pero Arturo no lo escuchó.

Dulcedo quedam mentis advenit

